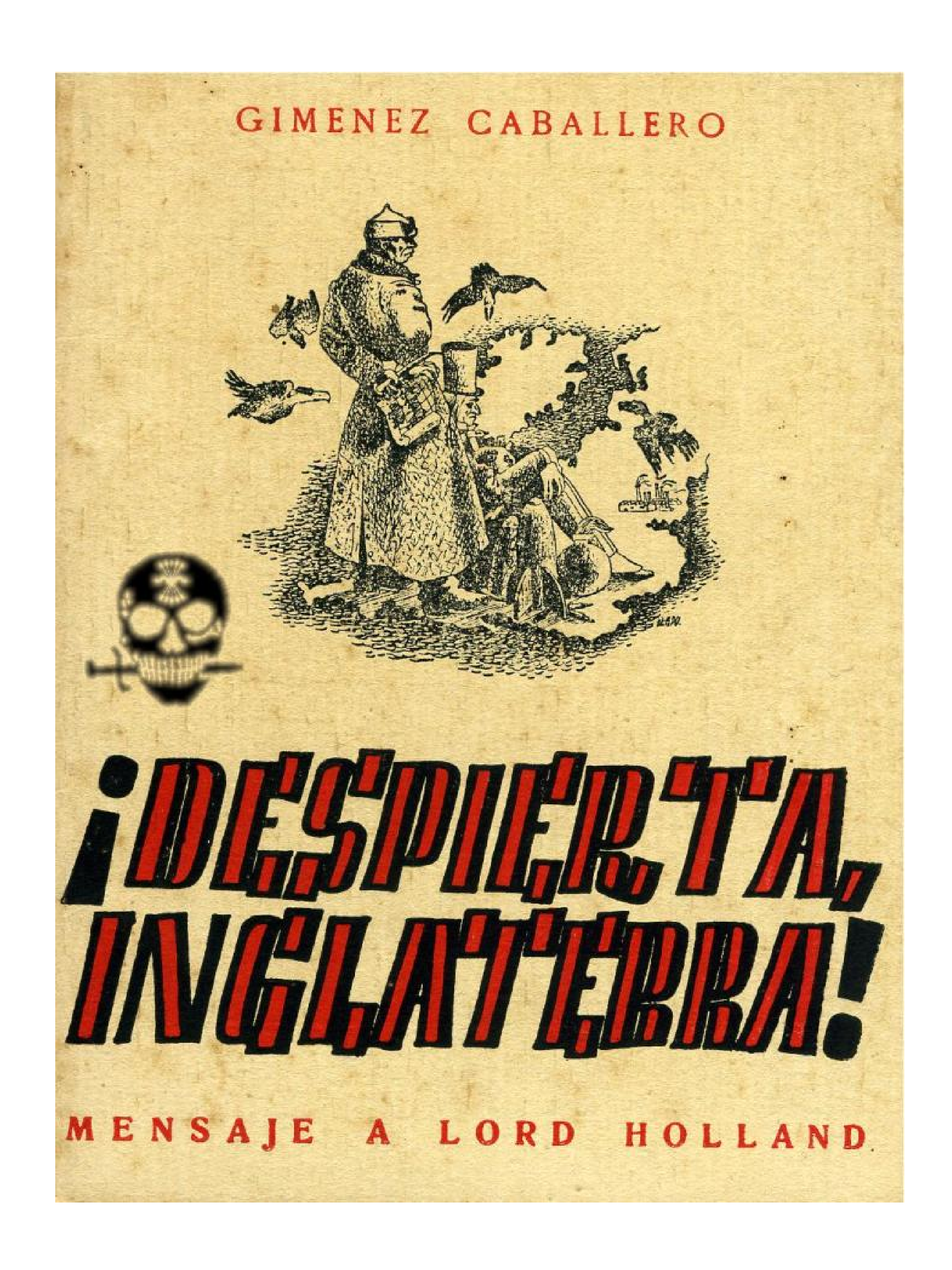

GIMENEZ CABALLERO
¡DESPIERTA, INGLATERRA!
MENSAJE A LORD HOLLAND

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

¡DESPIERTA INGLATERRA!

MENSAJE A LORD HOLLAND

EDICIONES TOLEDO

MADRID — MCMXLIII

Digitalizado por Triplecruz

S. Aguirre, Impresor. — General Alvarez de Castro, 40. — Madrid.

ÍNDICE

PERMITIDME EVOCAROS, MILORD, ES URGENTE.

Milord:

Como no tengo ningún amigo inglés —con quien corresponder en estos críticos momentos europeos—, y me urge enviar un sentido mensaje a su país, permitidme que acuda a la memoria de vuestro nombre, tan ilustre en los fastos de la literatura española a comienzos del siglo XIX, cuando representabais, al decir de Quintana, la defensa de nuestras cosas y *erais* respetado en toda la Europa por vuestro carácter y vuestros principios, pudiendo así prestar un fuerte apoyo a la verdad y contribuir poderosamente a nuestros propósitos.

Cierto que quien os escribe ahora no es un poeta liberal y romántico como Quintana, desengañado de los sucesos políticos de España en su segunda época constitucional. *Ni tampoco un Jovellanos, cuando vivíais, allá por enero de 1810, en Ball Rail o en Holland House, y él utilizaba al señor White de correo para pediros instrucciones sobre cómo debían* organizarse las Cortes en España, "utinam felices".

Ni me preocupa la organización de nuestras Cortes —porque, respondiendo a una tradición secular, se organizaran solas, quizá para ejemplo de una futura Inglaterra—, ni siento desengaño alguno, como el pobre Quintana, por el fracaso de la Masonería escocesa en suelo español.

¿Os acordáis cómo explicaba nuestro poeta aquel fracaso? Vale la pena de recordarlo.

Yo no sé, milord — *os decía Quintana*—•, por qué se tiene tanta ojeriza a nuestras sociedades secretas. Si ellas en España pusieron en pie a la libertad, también son ellas las que muy principalmente han contribuido a derribarla, porque sin sus escándalos, sin su torpeza, sin su odiosidad, no le fuera el triunfo tan barato a la Santa Alianza.

Estos hombres incautos e inconsecuentes *(los masones),* dándose por reformadores de la sociedad y declamando siempre contra los abusos del sistema eclesiástico y monacal, no venían a ser ellos mismos otra cosa *—añadía Quintana—* que unos frailes y un Estado como la Iglesia injerido en el Estado.

Y, además, si los masones pidieron para Inglaterra una función utilitaria y mercantil contra la Europa católica y unitaria de la Contrarreforma (al fin, descendientes ideales del calvinismo de Knox), al intentar adaptarse en España como "comuneros", resultaron *—según Quintana—* más resueltamente facciosos y más groseramente intolerantes que sus modelos, llevando a las Corporaciones toda la codicia y la envidia de su miseria y toda la indecencia de su educación y costumbres habituales.

* * *

El dirigirme a vos, milord, me ha hecho evocar a Quintana. Y con Quintana, su inquietud profética sobre la Masonería. Y, por tanto, tocar una cuestión que, lejos de ser anacrónica y lejana, resulta muy de actualidad hoy para todos.

Porque aquella inquietud profética de Quintana iba a ser compartida al cabo de un siglo... por la Masonería misma. Ya que el documento de una Logia recién publicado en nuestra Prensa ha revelado en los masones actuales el mismo terror que sobrecogiera por 1823 a nuestro poeta: el desencadenamiento de fuerzas irreparables. *Entonces, sobre la pobre España, Y hoy, sobre la pobre Europa. Y en especial, sobre Inglaterra misma, al fin "europea y continental", tras dos siglos de espléndido aislamiento frente a Europa y contra Europa.*

El poderío inglés y Copérnico.

Vos, milord, que tradujisteis a Lope y Guillen de Castro; que tratasteis a nuestros mejores políticos y literatos de la etapa napoleónica, doceañista y fernandina; que en vuestros sentimentales y turísticos viajes por España conocisteis el carácter estentóreo de nuestro pueblo, ¿no os habéis fijado el esfuerzo que hago por violentar el genio dogmático y terminante de mi

casta, procurando adoptar, en aras de la cortesía, un tono cortesísimo, indirecto, empírico y problemático —de "good humour"— para lograr que la "good nature" de vuestro pueblo me atienda y me entienda?

Porque siguiendo mi patrio temperamento y viendo cómo van las cosas de Europa, yo hubiese exclamado ya tajantemente: ¡Vuestro país fué el culpable! ¡No Rusia! ¡ No América! *Pero me guardaré muy bien de ello. Pues creo que lo honorable ante vos, milord, es adoptar el sistema de vuestro Locke;* quid est veritas? *Y en vez de deducir nada —método antinglés, incomprensible para los descendientes de Hume—, inducir todo. Preguntar. Metodizar la duda. O, al menos, tomar el tono, entre humorista y elegiaco, de Aaron Hill, cuando declamaba:* ¡ O frail uncertainity of human power! *Sólo que yo corregiría —si me lo permitís— lo de* human power *por* engliss power. *"¡Oh frágil incertidumbre del poderío inglés!" ¿Existe ya el poderío inglés?... Pero, perdonad nuevamente al incorregible ibero que llevo en mi sangre. Quería decir, milord, si el poderío actual de Inglaterra es equiparable al que existía cuando vos, allá por 1830, fuisteis canciller del Ducado de Lancaster y cuando, siguiendo el doctrinarismo de vuestro tío Carlos Jacob o Fox, os dedicasteis a trazar esbozos de* Constituciones *políticas para hacer la felicidad de los atrasados italianos y españoles en Nápoles y Madrid.*

Yo no sabría medir, lord Holland, la desproporción exacta de poderío entre la Inglaterra de 1843 *— tres años después de vuestra llorada muerte— y la* Inglaterra de hoy, 1943, *pasado un siglo de tan luctuoso suceso.*



Sólo sabría decir que aunque hoy sigan girando los diputados ingleses en torno a la Abadía de Westminster como centro del mundo, ya el mundo no gira en torno a Westminster. ¡Curiosa situación!

Una situación muy semejante a la de la revolución astronómica de Copérnico: la sucedida en vuestra política europea. De ser la Tierra el centro del universo, se comprobó —un buen día del Renacimiento— que era la Tierra la que giraba en torno al Sol, quedando nuestro planeta como un islote desnudo, pobre y sin luz propia.

¿No creéis que así le ha sucedido ahora a Inglaterra y a sus sistemas ptolomaicos? Pero esto no soy yo quien lo afirma. Ni tampoco los países del Eje, vuestros aparentes y circunstanciales enemigos. *Quienes lo vienen afirmando desde hace mucho tiempo son vuestras dos criaturas más directas, los hijos directos de vuestra revolución liberal en la Historia: Rusia y Norteamérica, esos dos pueblos que hoy son* vuestros aparentes y circunstanciales amigos.

Los anatemas de Trotsky, cumplidos.

Yo no sé si desde vuestra tumba pudisteis, milord, enteraros de cómo vienen pensando los rusos sobre el destino inglés.

Cuando Churchill era ministro de Hacienda y tenía doce razones para ser optimista, ya Trotsky anatematizaba a éste: A pesar de las doce razones para ser optimista de míster Churchill, no está lejano el tiempo en que la situación económica de Inglaterra empujará a la clase obrera a cantar la "Internacional" a toda voz. *Añadiendo:* ¡ Prepare usted los oídos, míster Churchill!

Ese tiempo es llegado. Y la "Internacional" se canta en tomo a Westminstcr. Y ante el Trono inglés desfilan ya como espectáculo habitual puños cerrados, hoces y martillos.

* * *

Y, sin embargo, no es Rusia la amenaza más inmediata —con ser espantosa— que se cierne sobre vuestro noble país, milord. El mismo Trotsky, desde Crimea, ya en 1926 lo dijo terminantemente: "¿Quién empuja a Inglaterra por el camino de la revolución? ¿Moscú? No; Nueva York. La poderosa presión, sin cesar creciente, de los Estados Unidos sobre el universo hace cada vez más desesperada, cada vez más insoluble la situación de la industria, del comercio, de la hacienda y de la diplomacia británica."

"El capital americano es el ariete de la Historia que, consciente o no, asesta los golpes más destructores cada día a la situación mundial y a la estabilidad interior de Inglaterra."

Eso se anatematizaba cuando aún no había sucedido la tragedia de Darían; cuando aún Eisenhower—general americano— no había sido nombrado jefe supremo de todas vuestras fuerzas en África.

¿Estabais enterado de esto, lord Holland? No, no me respondáis. Reservaos, noble amigo, vuestro doloroso parecer.

Las aparentes alianzas.

Milord:

Esos anatemas de Trotsky se decían cuando aún los rusos y la Francia de Giraud no ayudaban bélicamente a la hegemonía de América contra vuestra querida Europa liberal, creada con tanto esfuerzo desde el Parlamentó largo, Cronwell, la reina Isabel y la reina Victoria; contra esa Europa vuestra que derrotara antaño a la Europa católica y absolutista de la Contrarreforma. Porque se ha dado el caso —contra todas las previsiones de vuestros grandes hombres imperiales— que Rusia, "símbolo del máximo proletarismo", se ha aliado con Norteamérica, "símbolo del capitalismo máximo".

* * *

¿ Y qué me decís de Francia? Vos, milord, que fuisteis contemporáneo de la Paz de París en 1783, sabréis más que yo de los designios franceses. Yo sólo puedo recordar aquel hecho inicial que explica estos postrimeros hechos. Aquel hecho que jamás Inglaterra terminó de digerirlo: la secesión de los Estados Unidos, de vuestros dominios en Norteamérica, más que por una cuestión de aranceles en tiempos de Pitt fué por la ayuda evidente de Francia a los insurrectos. El general francés Lafayette, ayudando a independizarse a los Estados Unidos del yugo británico, fué la premisa histórica para que los Estados Unidos ayuden hoy a Francia contra vuestro De Gaulle en África.

Es muy curiosa la guerra actual. Bajo una aparente serie de alianzas circunstanciales laten viejos e implacables antagonismos, que poco a poco van saliendo a luz del día.

Mientras Hítler en su "Mein Kampf" y Rudolf Hess en su aterrizaje voluntario sobre Escocia intentaron salvar la unidad europea del mundo anglosajón, Francia y Rusia no se recatan en ayudar a que parte de ese mundo, Inglaterra, perezca miserablemente.

Francia está —bien lo sabéis— en su fondo más histórico contra Inglaterra. Juana de Arco no fué una bagatela. Y el sueño de revivir la hegemonía continental de Cario Magno o Luis XIV protegiendo al Vaticano tampoco es otra bagatela.

Moscú y Chicago.

Y en cuanto a Rusia..., ¡quién hubiese dicho que el aliado natural del yanqui no era el inglés, sino el bolchevique!

Y, sin embargo, lo dijeron los mismos rusos, paladinamente, desde los principios de su revolución.

Si en tiempos de Pedro el Grande Rusia quiso ser como Europa, ya desde el leninismo sólo tuvo como ideal: Norteamérica.

Lenin concebía la sociedad bolchevique como una "gran fábrica yanqui". Maiakovski cantó Chicago como la meta a que debía aspirar Moscú: *

Chicago: ciudad sobre un tornillo

electromecánico

en forma de espiral

sobre un gigantesco disco de acero

cada hora

girando sobre sí misma

5.000 rascacielos

solos, de granito.

Gastief creó su "Instituto para la organización científica del trabajo y la mecanización del hombre", sobre el modelo de Taylor. Y un poeta oficial del stalinismo, Sosnovski, propuso "transformar rusos en americanos y formar el nuevo partido de los rusoamericanos para declarar una guerra de exterminio a todos".

Claro es que Rusia pensaba a la postre quedar la vencedora sobre los propios americanos aplicando su sistema de "emulación en el trabajo" de pura ortodoxia marxista, contra el sistema de "competencia" yanqui de pura raíz individualista.



Y claro es también que Norteamérica no se chupa el dedo. Pues si ayuda hoy a Rusia contra Europa es para que Rusia incendie el continente europeo y sustituya Norteamérica en seguida los "soviets" por los "Company Unions".

El lema auténtico de América ya es sabido: América, para los americanos, y Europa también. *Con rusos o sin rusos.*

Por la libertad de Europa.

De todo esto, lord Holland, tenemos que inducir un hecho inequívoco: el de que dos mundos continentales ajenos a Europa —*la Rusia asiática y la América yanqui*— conspiran por la absoluta destrucción de Europa: por esclavizarla.

Comprendida Inglaterra como primera víctima: como la víctima más fatal e ineludible.

Porque los países —como Italia, Alemania y España— donde la presión del bolchevismo *y del* capitalismo *hicieron ya sus eclosiones revolucionarias, supieron defenderse, inventando antídotos* (Fascismo, Nazismo, Falangismo), *que no sólo contuvieron, sino vencieron esas dos presiones incendiarias. Pero vuestra Inglaterra, no. Está aún "sin vacunar". Vuestra Inglaterra cree ilusamente que un triunfo rusoamericano sería un triunfo inglés, un triunfo de la Libertad inglesa sobre el continente europeo. ¡Pobre Inglaterra, qué terrible engaño!*

En vuestros tiempos pudo Addison —en su "Letter from Italy to the right honorable Charles Lord Halifax" —creer que la "Libertad" se erguía sobre los peñascos de Inglaterra "para escuchar los ruegos de sus vecinos". Pero eso era hacia 1700, cuando aún no existía la Libertad *mucho más gorda y luciferina del puerto de Nueva York; cuando aún no existía la hoz y el martillo de Marx para segar y aplastar cabezas de, "vecinos afligidos"; cuando aún no existían esas "Dos fronteras de Europa" —la rusa y la americana— profetizadas sibilinamente en 1930 por el judío John Gould Fletcher en su libro "Europe's two Frontiers", esas dos fronteras que habrían de estrechar y cercar poco a poco la libertad "inglesa" de Europa.*

Porque, seamos realistas, milord. Si en vuestro tiempo pudo Inglaterra seguir la táctica contra Napoleón que siguió la reina Isabel contra Felipe II —"luchar por la libertad de Europa", es decir, evitar que Europa *se unificase para que no peligrara la* "Unidad y la Libertad de Inglaterra"—, *hoy es ya esa lucha completamente ilusoria para la Gran Bretaña.*

Inglaterra ha dejado de ser libre, *de ser* isla. *No sólo por la aviación y por los ataques submarinos, sino porque los soldados de América han desembarcado ya en sus peñascos. Y los banqueros judíos en sus Bancos; y los rusos en las entrañas de sus obreros.*

La única "Libertad" por la que puede (y debe) luchar Inglaterra hoy es por la misma que luchamos en el resto del continente: por la Libertad de Europa. *La guerra se ha hecho "intercontinental"', dejando de ser "internacional". Y el no venir Inglaterra con los europeos es hacerse traición a sí misma. O sea: suicidarse. No hay más* libertad *en juego que la* libertad *y* existencia de Europa. *Lo demás es eso: suicidio. Sueño mortal.*

Ya el propio Baldwin, hace años, dijo estas reveladoras confesiones: "Parece como si Inglaterra se hubiese dormido."

Y fué el "Daily Mail" quien denunció la política absurdamente capitalística olel entonces ministro de Hacienda, míster Churchill: "Adoptando el patrón oro... el Imperio británico quedará hipotecado a los Estados Unidos."



Vaticinio que habría de cumplirse, como el que también entonces hiciera el "Daily Express":

"Gracias a Churchill, Inglaterra caerá bajo la garra de los banqueros americanos."

A lo que Churchill, viéndose cogido, respondió con su famoso dilema: "O nos batimos contra América o nos sometemos a ella."

Míster Churchill creyó que el acomodarse "whit reality", con la realidad, era esto último. Y se sometió. Y ahora paga Inglaterra y paga toda Europa las consecuencias de aquel sometimiento. Paga con la libertad, *querido lord Holland. Toda Europa, toda Inglaterra, es una casa de "vecinos afligidos". ¿Y quién ha de consolarnos ahora?*

Posible consolación.

¡Oh querido lord Holland! Si en un tiempo vinisteis a España para consolar a Jovellanos y Quintana de los errores de aquellos ministros como Godoy, pactante con la revolución, ¡quién sabe si hoy nosotros, que no somos lores, pero que gozamos de una serenidad triunfadora, pudiéramos acudir ante la "opinión inglesa" por medio vuestro para que escuchara nuestros consejos! ¿Os parecería demasiado indiscreto y presuntuoso?

Mirad: acabamos de dirigirnos a Francia, donde, salvo un núcleo ideal que se ciñe a la idealidad histórica representada por Pétain, todo el resto del país está ciego, loco, perdido: entregado a furias latentes, tan espantables que de estallar convertirían Francia en el infierno más atroz de su historia.

Francia también ha invocado lo extracontinental para salvarse. Y los demonios han acudido a su cita. Han acudido esos demonios que de triunfar dejarían a Europa como una roca más monda que las de un volcán tras su extinción.

Esos demonios, que tras aniquilar todo tal vez dejasen algunos especímenes de "europeos", como ya dejaron en América unas muestras de "indios" y de "búfalos", en plan de curiosidades históricas para el turismo trasatlántico.

Esos demonios, que quizá también dejarían hipócritamente algo del Vaticano para retratarlo con Kodak y en las vacaciones, como museo, como un rito arqueológico, tal que venían haciendo los viajeros europeos hasta ahora con el Gran Lama del Tibet o con el Negus de Abisinia,

¿Se extingue Europa?

Y esta es la cuestión central de mi mensaje, amable lord Holland:

1) ¿Es que Europa —ante América y Rusia, pueblos jóvenes y nacientes— ha cumplido su ciclo histórico, como lo cumpliera Asia, "cuna de la civilización", cuando surgió el poder europeo grecorromano?

2) ¿Es que Europa camina definitivamente al ocaso, a ser un continente "muerto", "apagado", "extinguido" ; un continente sólo ya apto para las excavaciones y la arqueología?

3) ¿Es que Europa —tras parir en su Revolución liberal los dos monstruos del "Capitalismo" y del "Bolchevismo"— se dejará morir como esos ancianos a los que sus hijos (en ciertas tribus salvajes) enterraban medio vivos para que la intemperie terminara de quitarles pronto ese estorbo de la vejez inútil?

¿No fué un americano —Emerson— quien dijo: "La vejez es para los esclavos"? *¿Camina Europa hacia la esclavitud?*

La única salvación.

Todo parece indicar que Europa ha entrado en una crisis aún más espantosa que la producida por la final de la última Gran Guerra, cuando Norteamérica y Rusia hicieran sus

primeras apariciones amenazantes sobre nuestro continente.

Todo parece presagiar que la Inglaterra demobolche-vique de Churchill nada podrá ofrecer ya a Europa frente a lo que ofrezcan una Rusia y una Norteamérica triunfadoras.

¿Qué capitalista *europeo no va a ver su ídolo en Norteamérica, acumuladora del oro mundial, frente a la pobretería entrampada de Inglaterra?*

¿Qué obrero *no va a ver en Rusia su paraíso proletario, frente al bastardo laborista inglés, carlista anacrónico, con pujos de burgués socialista, que aún repite la vieja monserga fabiana de la "evolución gradual"?*

Las cosas no parece que tienen remedio. Si el Eje Roma-Berlín sucumbe y España es desbordada, vemos a míster Churchill, en caso de sobrevivir, haciendo el Gandhi de una Inglaterra indianizada: envuelto en una sábana, en cuclillas, con gafas, flaco, sin puro, declarando la huelga del hambre, en resistencia pasiva contra los amos de estos nuevos "Dominions". Y vemos también el Canal de la Mancha convertido en el de Panamá.

* * *

Las cosas no parecen tener remedio, lord Holland..., si las seguimos mirando desde el viejo, tradicional, orgulloso punto de vista inglés, poco acostumbrado a contar con Europa para arreglar sus circunstancias históricas.

Pero ¿no será la hora de que Inglaterra —a la que esas históricas circunstancias han traído a este peligro inmenso continental, a la que las circunstancias han hecho, quiéralo o no, continental y europea, trozo integrante de Europa— *mire con ojos europeos el porvenir y lo afronte junto con nosotros?*

No hay otra salvación. Si Europa es un submarino que se hunde, Inglaterra está dentro de ese submarino, forma parte de su tripulación, así como Francia.

O con nosotros para flotar..., o al fondo todos. ¡Deje Inglaterra —por favor, lord Holland— su soberbia secular, ante nuestra cordial, sencilla y serena actitud de hermanos en el zafarrancho de combate. La experiencia marinera de Inglaterra puede ser útil a todos en este barco torpedeado que es Europa.

No repita Inglaterra su ceguedad, beneficiosa en un principio, pero fatídica a la larga. Como cuando rechazó a nuestro Felipe II al querer abnegadamente unirla en sacro matrimonio con Europa.

¡No reaccione de nuevo con viejos puritanismos, con gritos de "no popery", con asesinatos de las Marías Estuardo!

La medida: fuerza imperecedera de Europa.

¡No sigan los hombres británicos —por favor, lord Holland— desconociendo el secreto eterno de Europa!

Europa —chica, modesta, pobre como es, créanlo— tiene, sin embargo, una clave de vida que Inglaterra siempre parece ignorar.

La fuerza de Europa reside y residirá siempre en una virtud que jamás poseerán los demás continentes y que constituye su inmarcesible signo triunfal: la medida.

Ningún inglés se ha explicado todavía cómo la Europa de la otra postguerra mundial, amenazada de americanización y bolchevización, pudo reaccionar e imperar al poco tiempo.

Ningún inglés se ha explicado todavía que de un oscuro rincón romano pudiese surgir un hombre (aliado de América en la otra guerra y antiguo socialista) que dijera ¡¡Basta!! *Y bastó. Inventando el Fascismo:* la medida, *frente a lo capitalista y lo proletario. Ningún inglés se ha explicado todavía que de otro oscuro rincón bávaro —en esos Alpes perennes, criaderos de egregias dinastías— surgiese un modesto soldado que de una Alemania aplastada por judíos banqueros y por comunistas feroces pudiera levantar en vilo un genial Tercer Reich.*

Ningún inglés se ha explicado todavía cómo de una España rasada al suelo en 1936, colonizada por la Banca internacional y pulverizada por el virus marxista, pudiera surgir un sencillo soldado como Franco, que al cabo de tres años hiciera desfilar su ejército triunfador ante aquel Madrid que debiera haber sido, según cálculos británicos, "Tumba del Falangismo".

Aún es tiempo.

Quedan aún muchas sorpresas del genio europeo, mi-lord. Aún es tiempo de incorporarse a él. La batalla no está perdida. Ni siquiera la batalla inglesa.

Pero para que no esté perdida es preciso que, por una vez en la historia moderna, Inglaterra no desdeñe a España. Quién podría recordarla —si no fuese "shocking" y de mal gusto— aquellas felices épocas de los pidos y britones en que Inglaterra tuvo que ser formada, como país, salvada a civilidad histórica por romanos, germanos e iberos: primigenia y auténtica aristocracia inglesa, anterior y superior a la aristocracia banquera y comercial que dejara Cronwell tras cortar la cabeza a Carlos I.

La democracia jamás puede ser aristocrática. Y, además, en estas épocas de apuro, sólo vale como tóxico. Nosotros supimos ya de ese envenenamiento. Y nosotros supimos también desintoxicarnos. Y lo que logramos en el Sur lo pueden ustedes lograr en el Norte, según confesión de aquel poeta inglés:

"What fine things else you in South can have — our North can show as god, if not the same."

Las mismas, si no mejores cosas, pueden hacer ustedes los del Norte, pues las premisas indispensables para un Movimiento totalitario *ya existen en Britania. Un Movimiento del que quizá el buen Mosley, el de los "Camisas Azules", sea un precursor del tipo albiñanista. Ustedes tienen ya un* Capitalismo opresor antinglés *y un* Lumpemproletariado bolchevizante. *No les queda a ustedes otra salida salvadora que la señalada previenen-te por Roma-Berlín-Escorial.*

Sabemos, lord Holland, que para el honor inglés exacerbado, sería indecoroso tratar una colaboración —jamás un pacto— *con la política totalitaria.*



Inglaterra reconoce en los secretos de su alma que sólo con los métodos totalitarios y no con los arcaicos de Pitt o Palmerston —ni con las antiguallas de Tories y Whigs, *ni de Parlamentos más o menos "Largos", ni con la panacea de unos* Estados Unidos democráticos de Europa— *es posible vencer al Dragón rusoamericano.*

Pero como sabemos que esa colaboración directa sería imposible, es por lo que, milord,

brindamos a vuestro noble país —históricamente agonizante— los auxilios espirituales de España. En una extrema unción salvadora. Con una unción auténticamente evangélica y religiosa.

La misión universal de España.

Sólo España, por su situación moral, histórica, geográfica y religiosa, puede servir de estrella salvadora en una Europa donde las estrellas americanas y las estrellas rojas amenazan con cubrir su cielo en cataclismo telúrico y cósmico. Sólo España puede afrontar la misión de unificar Europa, Ya es hora de decirlo.

Cuando —hace diez años justamente— yo escribí "La nueva Catolicidad", tras el Concilio en Roma sobre el porvenir de Europa, y donde traté, milord, a ilustres paisanos suyos (sir Charles Petrie, Cristophen Dawson) callé cautamente lo que entonces no podía decir y hoy decir debo.

Entonces, previendo lo que iba a suceder, así escribía yo en mi página 43:

La crisis europea actual y del mundo, teniendo sus orígenes inmediatos en la presión de esas dos grandes fuerzas extraeuropeas que se llaman Rusia y Estados Unidos, a la larga procede esa crisis de ciertas ideas típicamente europeas del siglo XVIII, las ideas lockianas y roussonianas de la "prosperity", del materialismo, del hombre natural, de la Ciencia y la Técnica y el Progreso indefinido.

Y a las mientes —*añadía yo*— se viene una pregunta inevitable: ¿Por qué en vez de afrontar ingenuamente los peligros que Rusia y América constituyen para Europa no se afronta la revisión de ideas que hicieron posible la formación de esos dos peligros antieuropeos ?

Pero no es todavía el momento en este libro *(terminaba yo)* de abordar la posible solución frente a la crisis actual del mundo europeo.

* * *

Hoy ya se puede decir, tras hacer todos sus experiencias: Sólo España tiene la clave de esa urgente y única unificación.



España es la proa atlántica de Europa.

España es la proa africana de Europa.

España es la proa que desafió ya los escollos bolcheviques y asiáticos de Europa.

¿Por qué no embarcarse adonde porta esa proa providencial?

España propone : ¡ Europa, para los europeos !

Podéis argumentar que España significa un sistema también totalitario y en este sistema se excluye la reunión de varios capitanes sobre un mismo puente de mando.

Pero eso es tan incierto que bastará aludir, frente a los líos de jerarquías democráticas en el Norte de África, a la solidez indestructible y cordial que ha regido hasta ahora entre los conductores de la Europa corporativa, Y que rigió en la guerra misma de España.

En nuestro mundo totalitario y español caben Monarquías y Repúblicas. Jefes más altos o más bajos. Como en nuestra guerra cupieron todas las sangres unidas en el viñado católico y universal de España.

En el mundo europeo que propone España todos cabrán, ante la inminencia misma del peligro.

¿No es una locura seguir destrozándonos los europeos, balcanizándonos, *mientras los lobos acechan nuestra exangüidad?*

¿No es una locura olvidar que el plan marxista de enzarzar todas las naciones europeas entre sí para comérselas mejor está a punto de lograrse? ¡El Oriente a la vista! Como en la más trágica Edad Media. Y si el Oriente triunfa, al fin, sobre Europa —creedlo—, no sería España la que más perderá. Al fin y al cabo, la anterior experiencia de siete siglos de dominación islámica sobre la península ibérica —con apogeos como el de Córdoba en el siglo X— no son de temer excesivamente para una gran masa de españoles, que aún leí tira lo moreno. Si el Oriente triunfa, Europa se anegaría en sangre de color. Que ahora no se pararía ya en Poi-tiers, como la otra vez. Llegaría por el Sur, y por el Este, y el Oeste, y el Norte. En hordas encuadradas por rusos y por los mismos alemanes vencidos, en sed de revancha y de venganza sobre Europa. Llegaría hasta los más remotos "rotten boroughs" de la lejana Escocia.

¡Hay que crear una conciencia nacional de Europa ! ¡*Una fe europea, una catolicidad, europea, una Cristiandad europea!*

Y la consigna —frente a la de Asia, para los asiáticos, *y* América, para los americanos— *sólo puede ser ésta:* ¡ Europa, para los europeos!

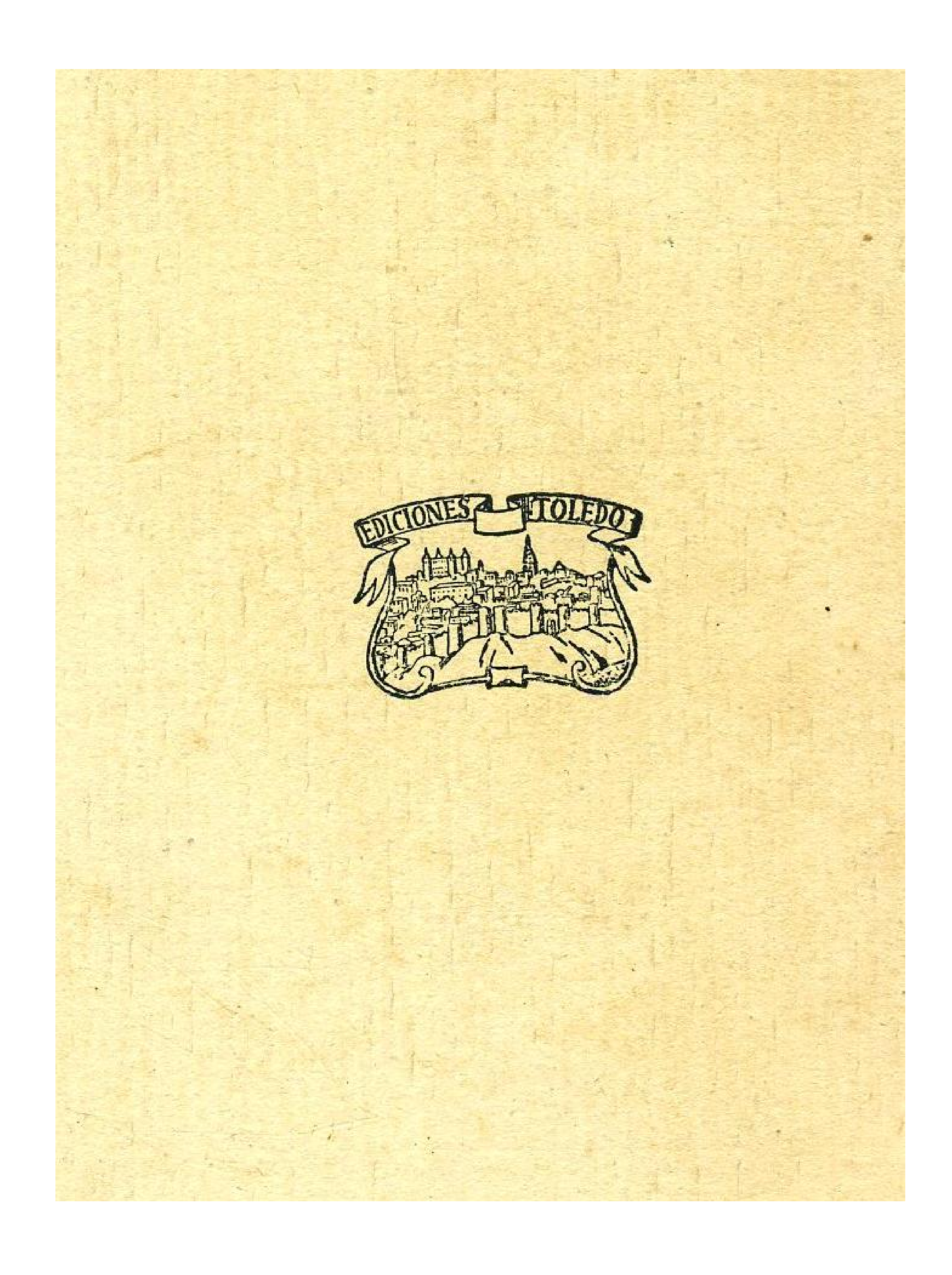
Conmovido adiós, lord Holland.

Querido lord Holland, ¡venerable lord Holland!:

He tenido que acudir a vuestra memoria —amiga de España y de Europa— para poder enviar este urgente mensaje a vuestro país. Ya que otros ingleses de más confianza y amistad no tengo cercanos, que me ayuden a cumplir esta misión unificadora de España.

Perdonadme, milord, si he debido acudir a un muerto *como vos, con la súplica de hagáis el papel de* vivo *cerca de Inglaterra. Y la despierte de su sueño fatal, antesala de la muerte.*

Yo quisiera con ello que Inglaterra os tuviera —así desde ahora— entre sus redivivos *más ilustres. Porque de otra manera es seguro, milord, que aquellos ingleses que hoy se creen más vivos y coleantes, pasen muy pronto a haceros compañía en la Tumba, de donde no se vuelve nunca: la del* Olvido eterno y sin oraciones.


EDICIONES TOLEDO